

INSULTO
"Revienta, judío". Pintada nazi en la pared de una sinagoga en Düsseldorf.

La microfísica del Holocausto

●●● (Viene de pág. 1)

muchos de ellos padres de familia y procedentes de la pequeña burguesía y el mundo obrero, contribuyeron de manera esencial al genocidio, masacrando a hombres, mujeres y niños. En 1943 los efectivos de la Ordnungspolizei eran de 310.000 policías. Fueron responsables del exterminio de al menos un millón de judíos.

Del estudio de varios de estos batallones, formados por "miembros corrientes de la sociedad alemana", Goldhagen concluye que todos los alemanes habrían participado en el exterminio si se les hubiera pedido. "Lo que hacían aquellos alemanes corrientes también puede esperarse de otros alemanes corrientes", escribe. E incluso va más lejos: participaron en la matanza aunque se les dejó abierta, en varios casos, la posibilidad de no hacerlo sin que por ello fueran condenados a muerte, enviados a un campo de concentración o castigados con severidad. Al contrario, lo habitual era ofrecerse como voluntario para matar.

El 'antisemitismo eliminador' impulsó a muchos millares de alemanes 'corrientes' a asesinar judíos.

El autor no ahorra el relato de las acciones espeluznantes y sádicas de aquellos hombres, que, a veces, hacían más de lo que les pedían las órdenes concretas. Como, por ejemplo, cuando los integrantes del batallón policial 309 quemaron vivos a los judíos que habían encerrado en la sinagoga de Bialystok (Polonia) o cuando los del 65 mataron a los pacientes de un hospital judío. "Todo alemán era inquisidor, juez y verdugo" con los judíos, a los que no se aplicaban las reglas normales. Los integrantes de



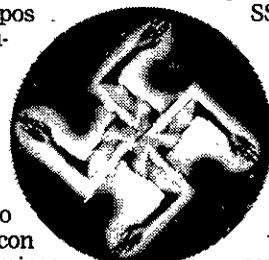
MISERIA Y MUERTE Cuerpos de víctimas de Gardelegen.



INDIGNIDAD Nazis obligan a judíos a posar para fotos.

los batallones "querían ser verdugos genocidas".

El segundo objeto de su estudio son los "campos de trabajo", donde hombres y mujeres alemanes no mataban inmediatamente a sus víctimas, sino que primero las hacían sufrir. La finalidad de los campos era causar daño a los judíos y se prefería matarlos poco a poco que utilizarlos para el esfuerzo de guerra alemán. Goldhagen rechaza el criterio de que los alemanes utilizaran la mano de obra judía de acuerdo con unos principios económicos racionales, aunque brutales. El trato que les daban perjudicaba a la economía del país. Los objetivos eran tres: exterminarlos, obtener beneficios económicos de ellos y hacerles trabajar por trabajar, ya que los alemanes consideraban que los judíos



la muerte", muchas de las cuales tuvieron lugar al final de la guerra, hasta un día antes del cese formal de la contienda, tras la evacuación de los campos y cuando la victoria aliada era inminente. Los alemanes que dirigieron las marchas no eran SS o nazis fanáticos y, sin embargo, sometieron a la mayor crueldad y mataron a los judíos pese a que Himmler había dado orden ya de que parara la masacre, con vistas a negociar con los ejércitos victoriosos. Se trataba de caminatas inútiles, en ocasiones por caminos circulares, en las que se mataba por medio del hambre, el agotamiento y el frío a seres humanos que ya estaban reducidos a una condición física infrahumana. "Aquellos alemanes decidieron, contra las órdenes, la autoridad y



habían sido siempre parásitos que eludían el trabajo. "Para los judíos, el trabajo era una etapa en el camino hacia la muerte", escribe el autor. Una etapa en la que eran sometidos a todo tipo de vejaciones y torturas, porque los judíos "debían sufrir, ser castigados y degradados".

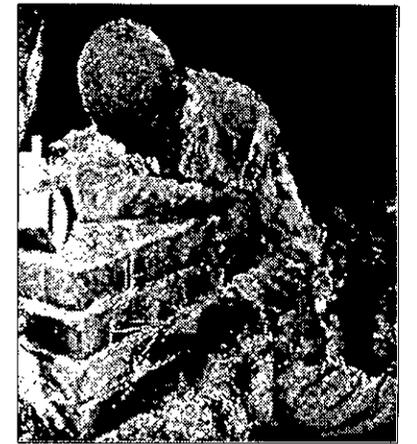
Los verdugos eran también "alemanes ordinarios" que actuaron como los policías de orden. Quizá de forma contradictoria, Goldhagen afirma que había hombres que no pertenecían a las SS.

Por último, estudia las "marchas de la muerte", muchas de las cuales tuvieron lugar al final de la guerra, hasta un día antes del cese formal de la contienda, tras la evacuación de los campos y cuando la victoria aliada era inminente. Los alemanes que dirigieron las marchas no eran SS o nazis fanáticos y, sin embargo, sometieron a la mayor crueldad y mataron a los judíos pese a que Himmler había dado orden ya de que parara la masacre, con vistas a negociar con los ejércitos victoriosos. Se trataba de caminatas inútiles, en ocasiones por caminos circulares, en las que se mataba por medio del hambre, el agotamiento y el frío a seres humanos que ya estaban reducidos a una condición física infrahumana. "Aquellos alemanes decidieron, contra las órdenes, la autoridad y

toda razón, actuar como lo hicieron. Sus acciones fueron voluntarias", escribe el norteamericano. Para él, estas marchas son muy significativas ya que demuestran que los alemanes corrientes que perpetraron el Holocausto lo hicieron "de buena gana, fielmente y con entusiasmo", aun cuando corrían el riesgo de ser capturados y contra una orden de Himmler. Habían interiorizado de tal modo la necesidad de matar judíos que los asesinaron por su cuenta hasta el último momento.

Como ha señalado Nicolas Weill en su crítica publicada en 'Le Monde', si el libro ha provocado un escándalo, es primero porque quebranta una especie de consenso que había acabado por formarse entre los especialistas de la materia, de Hannah Arendt a Christopher Browning, el primer investigador que estudió a fondo un batallón policial y llegó a diferentes conclusiones que Goldhagen. Según la teoría aceptada, el genocidio sería el resultado de la generalización de la guerra, de un acaloramiento de las estructuras a la vez caóticas y totalitarias de la Alemania nazi, y no de un plan predeterminado desde mucho antes de ponerse en práctica. Los ejecutores habrían actuado de una forma burocrática, insertos en una maquinaria industrial de la muerte. La obsesión antisemita no sería cosa más que de una minoría fanática. Es la "banalidad del mal", el asesinato como rutina, que no sólo sufrieron los judíos sino también los izquierdistas, gitanos, eslavos o disminuidos.

Goldhagen da la vuelta a este argumento y expone que fue la ideología, el "antisemitismo eliminador", anterior a la llegada de los nazis al poder, que hizo suyo la mayoría del pueblo alemán, el que llevó a la eliminación de seis millones de judíos en Europa, que "tenían que morir". Al introdu-



SEVICIAS A la izq., un nazi corta la barba a un judío polaco. Arriba, una víctima quemada en Gardelegen.

"La importancia de la crueldad es esencial para la comprensión del Holocausto", afirma Daniel Goldhagen

ÚLTIMOS LIBROS SOBRE EL NAZISMO

"La banalidad del bien. Historia de Giorgio Perlasca".

Enrico Deaglio. Editorial Herder. Barcelona, 1997. 213 páginas.

La labor de un grupo reducido de funcionarios internacionales condujo a la salvación de gran parte de la comunidad judía en Budapest. Entre ellos, el encargado de negocios español Sanz-Briz y el italiano Giorgio Perlasca. Enrico Deaglio (Turín, 1947) relata la espléndida aventura de Perlasca, que hizo creer a las autoridades húngaras que la embajada española todavía funcionaba cuando Madrid había decidido ya su cierre.



Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo

Rüdiger Safranski. Tusquets Editores, 1997. Barcelona. 543 páginas.

Una apasionante biografía del gran filósofo alemán. Rüdiger Safranski (Rottweil-Würth, 1945) pretende centrarse en la filosofía de Heidegger y no dejarse llevar por los prejuicios ideológicos. Sus relaciones con Husserl, con su amigo Jasper y con Hanna Arendt, su gran amor, su insistencia acerca del ser, su adhesión al nazismo, su distanciamiento, su depuración, todo ello se analiza brillantemente en este libro.



Primo Levi. En diálogo con Ferdinando Camon

Anaya&Mario Muchnik. Madrid 1996. 135 páginas.

Unas conversaciones entre el gran escritor italiano Primo Levi (Turín, 1919, Roma, 1987), superviviente de Auschwitz, y el autor católico italiano Ferdinando Camon, sobre las "culpas", la "culpa" alemana, la "culpa" de haber nacido, la "culpa" de ser judío, la "culpa" de Israel. El autor de "La tregua" y "Si esto es un hombre" habla del eterno retorno alemán a lo "demoníaco" y acaba el libro con su célebre frase: "Existe Auschwitz, por lo tanto, no puede haber Dios".



Los incubadores de la serpiente

Anaya&Mario Muchnik. César Vidal. Madrid, 1997. 299 páginas.

César Vidal (Madrid, 1958) tiene ya una vasta obra publicada de la que destacan sus aportaciones al estudio del nazismo y el genocidio judío. En su nuevo libro, Vidal rastrea en los precedentes ideológicos del nazismo, en el prolongado proceso de incubación del odio. De Wagner a Nietzsche, de los 'Protocolos de los sabios de Sión' al ocultismo, Vidal demuestra cómo determinaron la visión del mundo de Adolf Hitler, que condujo finalmente al exterminio de los judíos.

